

o por pura fidelidad a un caudillo político al que servían de guardaespaldas.

Después de años de silencio sobre los temas porteños (los que van desde *Carriego* hasta la publicación del cuento «El Sur» de 1944), Borges elude la mención expresa de la ciudad y su temática. Amplía sus líneas argumentales, se retrotrae a historias de lejanas geografías, ahonda en el conocimiento de arcaicas literaturas extranjeras, lee, critica o comenta y traduce autores anglosajones o alemanes, retorna a *Las mil y una noches*, ve mucho cine, estudia islandés antiguo y participa de la vida intelectual de Buenos Aires. Sin embargo, en uno de sus poemas clásicos: «La noche cíclica», fechado en 1940, retorna a los alejandrinos que ya había utilizado en «El general Quiroga va en coche al muerte» para anotar: *Ahí está Buenos Aires. El tiempo que a los hombres / Trae el amor o el oro, a mí apenas me deja / Esta rosa apagada, esta vana madeja / De calles que repiten los pretéritos nombres / de mi sangre: Laprida, Cabrera, Soler, Suárez... / Nombres en que retumban (ya secretas) las dianas, / Las Repúblicas, los caballos y las mañanas, / Las felices victorias, las muertes militares.* Borges ha abandonado sus inclinaciones yrigoyenistas, que lo llevaron a encabezar un grupo de jóvenes intelectuales pro reelección de Hipólito Yrigoyen en los meses finales de 1927, o a prologar *El Paso de los libres*, narración versificada del levantamiento cívico-militar de 1933, en la provincia de Corrientes, escrito por Arturo Jauretche, uno de los participantes en la rebelión contra el gobierno del general Agustín P. Justo llevada a cabo por un grupo de militantes de la Unión Cívica Radical, partido que se mantenía proscrito desde el golpe profascista de septiembre de 1930. Borges es entonces un concurrente asiduo a las reuniones de la clase alta, participa en la exclusiva revista «Sur» y consciente o inconscientemente, o por simple contagio, ha abandonado los temas nacionales o recurre a ellos sólo para afianzar la tradición de su stirpe. El pertenece a una familia que hizo la patria y por más que deba trabajar en un modestísimo puesto de una biblioteca municipal de barrio, no es un *parvenu*, sino sólo un patricio empobrecido.

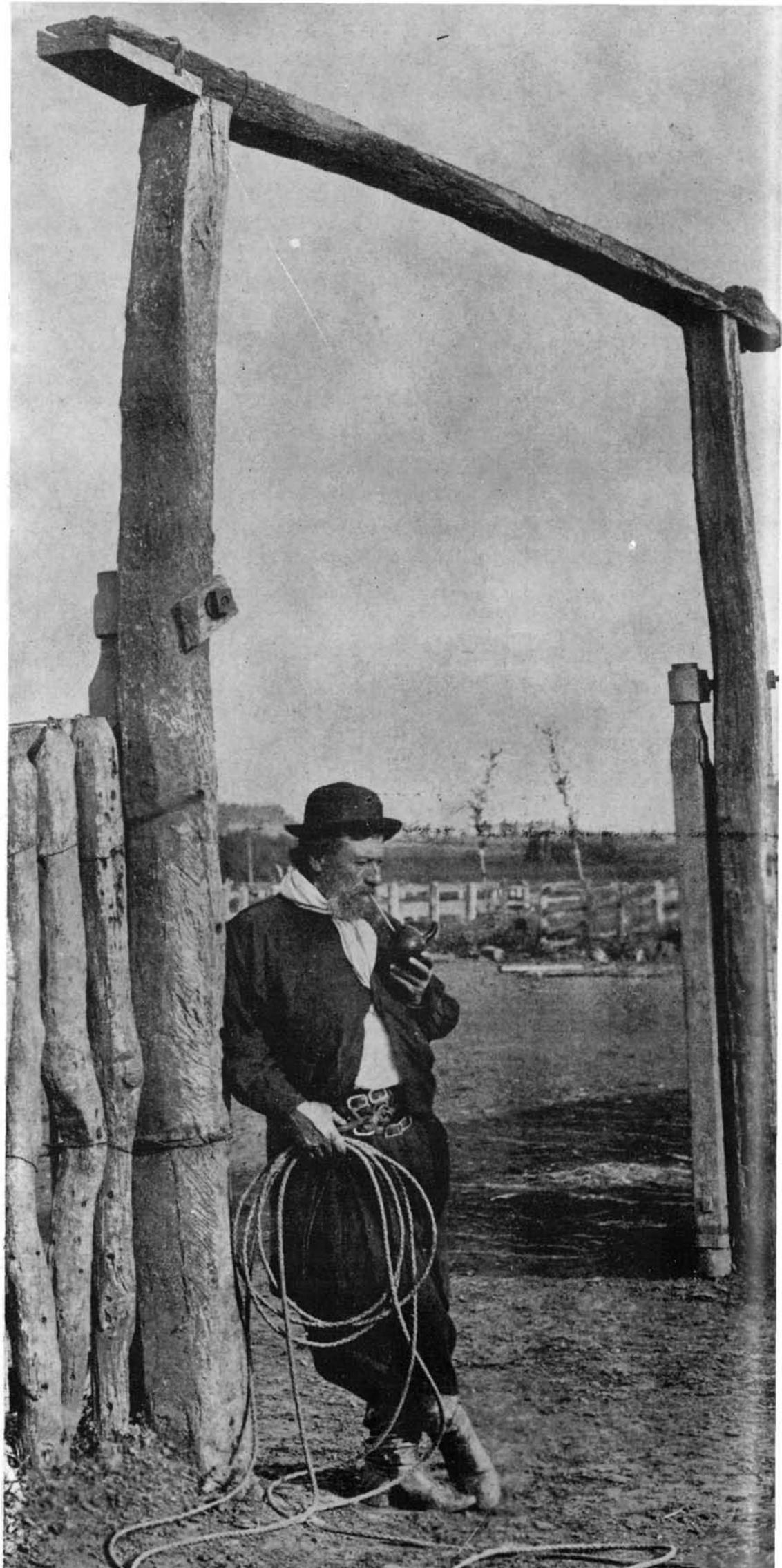
Hacia 1958 Borges ya es el más notorio escritor argentino, director de la Biblioteca Nacional, y puede darse el lujo de volver a escribir sobre los temas que lo preocuparon en su juventud; pese a sus denuestos contra el tango cantado, y a sus burlas hacia ciertas letras lacrimosas propias de la década del veinte, o a su confesión de que detesta la sonrisa de Carlos Gardel por su parecido con la de Juan Domingo Perón, escribe el mayor homenaje que brindó la literatura a la música de Buenos Aires y que significa de paso —como «El hombre de la esquina rosada»— un compendio de los temas borgeanos. En los versos de «El tango», se pregunta: *¿Dónde estará (repito) el malevaje / Que fundó, en polvorientos callejones / De tierra o en perdidas poblaciones, / la secta del cuchillo y del coraje? / ¿Dónde estarán aquellos que pasaron, / Dejando a la epopeya un episodio, / Una fábula al tiempo, y que sin odio, / Lucro o pasión de amor se acuchillaron? (...) En la música están, en el cordaje / De la terca guitarra trabajosa, / Que trama en la milonga venturosa / La fiesta y la inocencia del coraje.*

En 1964 escribe dos sonetos expresamente dedicados a la ciudad. En el primero precisa: *Antes, yo te buscaba en tus confines / Que lindan con la tarde y la llanura / Y en la verja que guarda una frescura / Antigua de cedrones y jazmines.* Y concluye: *Ahora estás en mí. Eres mi vaga / Suerte, esas cosas que la muerte apaga.* En el segundo (ambos poemas llevan el título de «Buenos Aires») abandona la descripción, para ahondar el drama de un hombre que toma a la ciudad en la que ha vivido como el decorado, por momentos angustioso, atroz, de una vida sin duda desdichada: *Y la ciudad, ahora, es como un plano / De mis humillaciones y de mis fracasos; / Desde esta puerta he visto los ocasos / Y ante este mármol he aguardado en vano.* Y remata, en carne viva: *Aquí mi sombra, en la no menos vana / Sombra final se perderá, ligera. / No nos une el amor sino el espanto: / Será por eso que la quiero tanto.* Declaración de amor y de impotencia sólo comparable a su poema «El remordimiento» de 1975. En *Elogio de la sombra* (1969) menciona un largo inventario de cosas, anécdotas y acontecimientos personales que conforman la imagen privada e intrasferible del Buenos Aires borgeano, no distinto al de cualquier hombre menos notorio y totalmente anónimo. Por ejemplo, dice: (Buenos Aires) *Es el día en que dejamos a una mujer y el día en que una mujer nos dejó,* y finaliza la enumeración: *Buenos Aires es la otra calle, la que no pisé nunca, es el centro secreto de las manzanas, los patios últimos, es lo que las fachadas ocultan, es mi enemigo, si lo tengo (...) es lo que se ha perdido y lo que será, es lo ulterior, lo ajeno, lo lateral, el barrio que no es tuyo ni mío, lo que ignoramos y queremos.*

Borges descreía —con razón— de manifiestos y teorías. Incluso se burló hasta el hartazgo de sus propios textos explicativos y definatorios, con los que en su juventud pretendió sentar las pautas de la escuela ultraísta. Prefirió —algo natural en un poeta— que las tesis brillaran en los versos, resplandecieran en las palabras de algún cuento. Pocos meses antes de su muerte, en forma pudorosa, como a él le gustaba, casi como al descuido, en un soneto oculto entre las páginas de *Los conjurados*, Borges dejó establecidas las líneas maestras de su mitología porteña: *Naderías. El nombre de Murraña, / una mano templando una guitarra, / una voz, hoy pretérita que narra / para la tarde una perdida hazaña / de burdel o de atrio, una porfía, / dos hierros, hoy herrumbre, que chocaron / y alguien quedó tendido, me bastaron / para erigir una mitología. / Una mitología ensangrentada / que ahora es el ayer. La sabia historia / de las aulas no es menos ilusoria / que esa mitología de la nada. / El pasado es arcilla que el presente / labra a su antojo. Interminablemente.*

Tanto en este tema como en cualquiera de los otros que abarca la infinita posibilidad de la escritura borgeana caben, para finalizar esta aproximación, los versos que dedicó a su maestro Rafael Cansinos-Assens: *Acompáñame siempre su memoria; / Las otras cosas las dirá la gloria.*

Horacio Salas



Un gaucho fotografiado por
Rómulo Ayerza, 1880